



Mt 13, 24-30: Dios no se confunde al recoger

Jesús anunció el Reino de Dios sin excluir a nadie. Muchos no lo escucharon, otros le dieron la espalda, algunos incluso lo persiguieron hasta acabar con él, pero no cedió a utilizar las armas del mal para imponer el bien. Para anunciar una noticia de vida y perdón no se puede traer la espada. Jesús como el trigo de *la parábola del trigo y la cizaña*, se abre paso sin condenar antes de tiempo. Por eso es nuestra esperanza... porque en nosotros la cizaña es parte de nuestro ser.

Es necesario distinguir el mal, pero es igualmente necesario no vencerlo con sus mismas armas... ¿Qué conseguiríamos entonces? Dios recogió finalmente a Cristo cuando la cizaña parecía haber invadido el campo. Dios no se confunde, y su paciencia con nosotros es la posibilidad de que nosotros dejemos de estar confundidos creyendo que el bien no puede vencer si no es un poco malo.

→ **Lee la parábola pidiendo** al Señor que te haga dominar tus ansias de venganza, tus impulsos para condenar según tus juicios; para que te mantenga ofreciendo bien en medio del mal, como Jesús hizo.

ORACIÓN PARA CADA DÍA

Danos tus ojos, Señor, para mirar, porque si no,
cegados por nuestras heridas e intereses,
confundiremos siempre las cosas.

Danos tu corazón, Señor, para sentir, porque si no,
sujetos por nuestras envidias y rencores,
interpretaremos mal la realidad.

Danos confiar en la fuerza de tu amor, porque si no,
absorbidos por nuestros deseos tan atados siempre al yo,
perderemos el camino.

Pon a Jesús como maestro interior de nuestros corazones,
que su Espíritu conduzca nuestras vidas
pues solo así alcancemos la altura verdadera de nuestro ser.

Parábolas pascuales



Por más que se nos haya dicho, tenemos que dejar de pensar que las parábolas son cuentos sencillos que Jesús utilizaba para hablar a los más simples. Las parábolas son para todos y no son tan simples como parecen (Mc 4, 10-12).

Son para todos porque con ellas intenta que todos veamos las cosas con los ojos de Dios. Por otra parte, su simplicidad esconde la sabiduría de Dios que es siempre complicada de entender para nosotros que estamos habitados por una forma de vida demasiado centrada en nosotros mismos. En este sentido las parábolas de Jesús pretenden convertirnos, quieren que pasemos a ver, sentir, actuar de otra manera, con los criterios de Dios. Y esto no es tan fácil como creemos a primera vista.

Las parábolas intentan meternos dentro de una historia que en principio no sabemos que es la nuestra, y que en un momento determinado nos obliga a tomar una decisión. Por eso las parábolas no se entienden si no se viven, por más que las sepamos de memoria. Si no se hacen vida quedan incomprendidas.

Porque a Dios solo se le conoce cuando se le va viviendo, cuando se va viviendo con su mismo espíritu, con su misma forma de ver, sentir, actuar.

En este mes, que tiene como centro la muerte y resurrección de Jesús, te proponemos meditar algunas de estas parábolas que se cumplen en su pascua, y en las que se nos ofrece una forma de mirar el mundo centrada en la humildad y la confianza en la fuerza de amor y resurrección que Dios mismo es.



Marcos 4, 2-9: Nada se pierde en la cosecha de Dios.

La mayor parte de las veces que escuchamos la *parábola del sembrador* nos fijamos en la clase de tierra donde cae la semilla y nos juzgamos, a nosotros mismos y a los demás como tierra llena de límites y pecados. Pero podemos centrarnos en la semilla, en la vida que sale de Dios y se esparce en el mundo y que, aunque parece perderse, finalmente da “el treinta, el sesenta y hasta el ciento por uno”.

Así fue la vida de Jesús esparcida en Galilea y Judea, en apariencia terminó “comida por los pájaros, oprimida por los cardos, sofocada por la falta de agua y el sol abrasador”, pero terminó manifestándose con un poder de vida y fecundidad que nada pudo anonadar.

Ella es la que puede hacer de nosotros tierra buena si confiamos a pesar de ser quienes somos. Ella sobreabunda sobre nuestras pobres vidas y esta es la buena noticia

→ **Lee la parábola** en esta perspectiva (puedes leer también Isaías 55, 10-11), **y pide** al Señor que, fijos los ojos en su muerte y resurrección, te haga confiar en su fuerza para hacer fecundo el mundo y a ti mismo, a pesar de todo. **Y da gracias.**



Mc 4, 26-29: Dios no deja de llamar a sus semillas

Hay veces que queremos ver los resultados de nuestra vida de forma inmediata. Queremos poder contar nuestros méritos y su fecundidad, como hacía el tío Gilito con sus monedas de oro cada tarde.

De esta forma muchas veces desesperamos porque no vemos para qué nos esforzamos, para qué nos entregamos a la siembra de Dios con nuestra vida. Para qué somos cristianos.

La *parábola de la semilla que crece sola* nos invita a percibir que más allá del trabajo que hacemos hay una fuerza de vida y amor que nos

habita y que lleva todo a plenitud. Él llama de continuo todas las cosas hacia sí, y en Él se manifestará la verdadera fecundidad de la vida.

Cada vez que hacemos nuestra parte, cumpliendo su voluntad hemos de decir: “Somos siervos inútiles, hemos hecho lo que debíamos”. No para humillarnos, sino para entregar nuestro trabajo al Señor de la vida que lo hará dar de sí, pues solo Él puede, según su calendario, vestir nuestro trabajo de gloria.

→ **Lee la parábola y pide** al Señor que después de poner tu parte en la vida te ayude a descansar confiando en que Él la hará crecer. Puedes recordar cómo Jesús se recostó en la lápida de la tumba después de poner sus trabajos en manos de Dios, y cómo Dios lo levantó para una cosecha de vida y salvación en favor nuestro.



Mc 4, 30-32: No hay semilla pequeña en el campo de Dios

“Lo pequeño se hace con lo pequeño, lo grande con lo grande”. Parece que tuviéramos metido en la cabeza este refrán. Por eso difícilmente creemos que el mundo se puede transformar desde pequeñas opciones, pequeños compromisos, pequeñas vidas, como las nuestras.

Sin embargo, Dios lo ha dejado claro: “Mis pensamientos no son vuestros pensamientos, ni vuestros caminos mis caminos” (Is 55, 8). Jesús había anticipado su camino en la *parábola de la semilla de mostaza*: él sembró su vida como una pequeña semilla en Belén, en Nazaret, en Galilea... con pequeños gestos de acogida y vida... y se hizo grande y fecundo con su resurrección en Jerusalén, donde parecía haberse perdido. Ahora esa semilla es un árbol de vida resucitada donde todos podemos hacer nido en las ramas de su misericordia.

→ **Lee la parábola y pide** la confianza de que los pequeños gestos de tu vida, cuando están llenos de la energía de Dios brotarán con la fuerza de la resurrección de Cristo para dar vida al mundo.